

Un ejemplo particular del sentimiento de aburrimiento en la adolescencia

Suzy Goriatcheff-Madsen¹

Manuella De Luca²

Introducción

El aburrimiento es un sentimiento que parece compartido en la adolescencia (De Luca, 2018). Desde el patio de la escuela secundaria a los servicios de psiquiatría para adolescentes, pasando por las casas de familia, el "me aburro" (y sus variantes menos castigadas) resuena y sorprende poco. La relativa banalización de este sentimiento de aburrimiento de la que muchos adolescentes se quejan, presupone que este existe de una forma específica en este período de la vida y, por así decirlo, de desarrollo.

Este supuesto merece ser examinado, y uno puede preguntarse, por el contrario, si no hay diferentes formas de aburrimiento, más o menos determinadas por el proceso adolescente y apuntaladas por angustias peculiares. En este artículo intentaremos responder a esta pregunta en relación al caso particular de Lucas, un

¹ Psicóloga clínica, Polo de Psiquiatría y de Psicopatología del Adolescente y del Adulto Joven, Instituto MGEN La Verrière.

² Psiquiatra, Responsable del Polo de Psiquiatría y de Psicopatología del Adolescente y del Adulto Joven, Instituto MGEN La Verrière, profesora asociada Universidad Sorbona París Cité, Instituto de Psicología, Laboratorio PCPP EA 4056.

joven en una unidad de cuidados para adolescentes y adultos jóvenes que al comienzo de su hospitalización no expresaba nada más, solo una sensación de aburrimiento.

Para arrojar luz sobre este estudio de caso, nos referiremos a las tesis de René Roussillon, Piera Aulagnier, Daniel Marcelli y Alain Braconnier, así como a la novela de Thomas Mann, *La montaña mágica*. El enfrentamiento de la clínica con la teoría nos llevará a plantear varias hipótesis sobre los resortes del aburrimiento de Lucas. Primero, consideraremos que el aburrimiento es el negativo de la huella mnémica y que emerge en lugar del recordar y del delirar. En segundo lugar, supondremos que el aburrimiento corresponde a una parte de la libido en suspenso, que no se adhiere ni al objeto ni al yo. En tercer lugar, retomaremos la hipótesis de Thomas Mann (1926) que ve en el aburrimiento un debilitamiento de la conciencia del tiempo que afecta "el sentimiento de la vida".

Los aburrimientos de Lucas

Un encuentro difícil

Lucas ha estado hospitalizado por un mes y medio cuando se le pide que haga una evaluación psicológica. Tiene 15 años, es alto y frágil, y sus ojos están ocultos por un flequillo largo. Nada en su aspecto limpio lo distinguiría de otro estudiante de secundaria, si no tuviera ese paso lento y rígido, con la cabeza gacha y un contacto frío y distante. Lucas no sabe las razones de su hospitalización.

Dijo que se lo explicaron, lo repitieron pero él no lo recuerda. A lo sumo, puede recordar algunos elementos fácticos: una caída de su rendimiento académico que lo obliga a repetir segundo año, un montón de "no sé" como respuesta a las preguntas sobre él. Estas "dificultades", señaladas como tales por los adultos que lo rodean, no son, sin embargo, objeto de ninguna inquietud o sensación dolorosa por parte del paciente. No encuentra sentido en su presencia en un pabellón psiquiátrico pero dice que se acostumbra y que si bien prefiere irse a su casa, estar en el hospital no le molesta. Nada, de hecho, parece molestarlo. Nada de lo que pasa a su alrededor parece dejar rastros ni logra impactarlo. Muestra una perfecta indiferencia hacia el mundo circundante y hacia la gente que se encuentra en él. Sin embargo, Lucas enfatiza que la decisión de ser o no hospitalizado no le pertenece: este mundo en el que pasea con una mirada flotante, recíprocamente, no le ofrece sujeción.

De hecho, Lucas se esfuerza por comprender los diferentes espacios terapéuticos que le ofrecen (entrevistas médicas, ergoterapia, psicomotricidad), mostrando en todos una marcada inhibición. Diariamente, cada intento de interacción con los miembros del equipo de atención médica se opone a silencio o a una respuesta lacónica. Lucas se sustrae de la mirada de los adultos a su cargo, y de sus esfuerzos por caracterizar su funcionamiento mental.

Las pruebas proyectivas se consideran con el objetivo, por un lado, de comprender mejor el funcionamiento psíquico del paciente y, por otro lado, de mediar en una reunión de paciente-terapeuta para comenzar su inscripción en la cura. La propuesta de realizar una evaluación psicológica, que consiste en una prueba de Rorschach y un TAT es aceptado por Lucas sin renuencia o entusiasmo.

La evaluación psicológica

Test de Rorschach

En el test de Rorschach, a pesar de los recordatorios del médico, Luca solo puede dar cuatro respuestas. Si la naturaleza extremadamente restrictiva del protocolo requiere cierta cantidad de precaución en la interpretación, el análisis combinado de las respuestas obtenidas y la clínica del traspaso permite formular ciertas hipótesis.

Durante todo el test, Lucas muestra un estado de ánimo similar. A pesar de tiempos de latencia importantes y de una evidente dificultad para satisfacer las demandas de la situación proyectiva, él no manifiesta ningún signo de ansiedad, fatiga, desaliento o molestia. Cuando, al final de la prueba, el clínico le pregunta sobre su experiencia, no puede decir nada al respecto y responde de la misma manera: no estaba sorprendido ni molesto por la naturaleza o duración del test.

Las pocas respuestas dadas por Lucas (tres en la lámina I y otra en la lámina VIII) están determinadas por la forma de la mancha. Ninguna informa el impacto emocional y emocional de las manchas. Solo la aparición de colores pastel en el plato VIII parece provocarle un movimiento interno (susurra al descubrir la mancha), lo que se traduce en una reactivación del proceso asociativo. Sin embargo, no logra integrar el color en su respuesta, que sigue siendo formal y difusa (“Es un animal”).

El recurso exclusivo del determinante formal está asociado con la sobreinvestidura del material del test en su dimensión más concreta. Lucas señala la simetría de las láminas. Las mira atentamente, toca ciertos detalles del dedo, rota cada lámina de

una manera repetitiva que evoca procesos autocalmantes. Realmente se aferra al objeto de la lámina, al punto en que en la mayoría de las láminas solo ve: ("una mancha de tinta"). La parte subjetiva de la percepción se encuentra completamente borrada.

Esta objetivación del material parece, en Lucas, venir a paliar la dificultad en la distinción en la mancha otra cosa que un todo confuso y de poder delimitar allí diferentes partes. Esta dificultad pone en evidencia la precariedad de los límites entre el interior y el exterior y los esfuerzos realizados por el adolescente para preservarlos. Por lo tanto, evita la invasión por movimientos internos muy intensos pero, al mismo tiempo, su pensamiento se ve privado de sus raíces pulsionales y se empobrece.

Esta drástica desinvertidura del mundo interno, sin embargo, no siempre es suficiente para mantener el contacto con los objetos del mundo externo. Frente a la lámina I, da una respuesta banal (GF + A Ban), luego, una respuesta determinada por una forma imprecisa (GF +/- A) y finalmente una respuesta de forma inadecuada (DF-Geo), sucesión que parece ser testigo de una desorganización temporal del pensamiento. Del mismo modo, la falta de respuesta a la lámina V, "lámina de la evidencia" y "lámina de la identidad", va en la dirección de una desuscripción de la realidad común, compartida, y revela la gran dificultad del joven para representarse a sí mismo.

TAT

El protocolo del TAT también muestra una inhibición significativa. Las respuestas de Lucas son muy sucintas: algunas palabras que no forman una historia propiamente para contar. El joven se apega a una descripción incompleta del contenido manifiesto de la lámina. Enumera algunos de los elementos de la imagen, sin establecer un vínculo entre ellos, de modo que no encontramos en su respuesta la unidad de la imagen que se le presenta. Además, se detiene como en el test de Rorschach sobre las características materiales de las láminas, preguntando repetidamente si son fotografías o pinturas.

Si esto, aferrado a la realidad concreta, perceptiva, conserva algunos puntos de contacto (en el sentido más literal) con el mundo exterior, también autoriza a Lucas a dejar de lado lo que, en el mundo exterior, podría encontrar en él una resonancia fantasmática y emocional demasiado fuerte. Así, en la lámina 4, que se refiere a "ambivalencia instintiva en la relación de pareja" (Chabert, 1998), Lucas escotomiza al hombre y a la mujer figurados en el centro, volviendo su atención a un detalle muy

particular de la imagen. En términos más generales, en relación a las láminas que ponen en escena diferentes personajes, Lucas no reconoce el vínculo que los une, no identifica el tipo de relación sugerida por la imagen. Anonimiza a los personajes, a menudo los desexualiza ("alguien", "tres personajes") y los aísla en una conrainvestidura activa del vínculo.

Frente a BM 8, sin embargo, el recurso de la división ("no es la misma pieza") no es suficiente para frenar la expresión de una fantasía mortal. Lucas describe: "...Hay alguien que se somete a cirugía y parece estar mal, finalmente parece estar adolorido. Él [señala la figura en primer plano] se ve completamente tranquilo y no mira. Es mucho más claro el fondo que el frente también".

Conclusión

En resumen, el análisis de los protocolos de las dos pruebas da cuenta en Lucas de una precariedad de los límites psíquicos cuya función es separar y conectar el interior y el exterior, el yo y el objeto. Lucas no tiene una representación unitaria y circunscrita de sí mismo, no se considera un sujeto singular. La salvaguardia de estas fronteras protectoras, aún más frágiles, ya que parecen estar sujetas a la embestida de movimientos pulsionales violentos, pasan por el joven a través de la represión sistemática de todo lo que proviene de su mundo interno, y de la desinvestidura de lo qué, en su entorno, sea susceptible de animar ese mundo interno.

De este modo, Lucas rehúye de una franca desorganización psíquica. Pero si su aprehensión del mundo exterior no procede de una reconstrucción delirante, es reducida y muy poco subjetivada. Finalmente, la estructuración psíquica de Lucas no le permite diferenciarse claramente de un otro, no puede investir a un otro sin que resurjan ansiedades primarias de tonalidad destructiva.

Ni demanda, ni queja

Los elementos de fragilidad sacados a la luz por los test proyectivos, tanto en el plano narcisista como en el relacional, llevan a proponerle a Lucas una psicoterapia. Él se adhiere a esta dócilmente y enseguida se muestra laborioso. Sin embargo, su compromiso con la psicoterapia se ve compensado por la ausencia de cualquier tipo de demanda de su parte. Lucas parece haber neutralizado tanto sus deseos como

sus temores. Él no aspira a nada más que lo que se le presenta, no se queja de nada, ni parece sufrir. Nada de lo que atraviesa es particularmente agradable ni particularmente desagradable.

Las primeras entrevistas sostienen, así, la hipótesis de una desinversión del mundo interno. El adolescente no le otorga ningún interés a su vida psíquica. Su discurso pobre y fáctico, cortado con largos silencios y "no sé", carece de cualquier expresión emocional o afectiva. Incluso justificado, no puede identificar en sí mismo ningún estado psíquico particular. Él se reduce a deducir, en cierto modo, desde el exterior, mediante manifestaciones somáticas o de comportamiento, lo que vive en el interior.

Lucas informa, por ejemplo, que tenía una sensación de náuseas antes de un control y deduce, como si estuviera resolviendo una ecuación matemática, que debía estar "estresado". En otra ocasión dice que cuando era niño, cuando estaba en el patio de recreo entre otros escolares, a menudo tenía un "nudo en la garganta" lo suficientemente doloroso como para hacer que quisiera llorar, y que desaparecía solo cuando se aislaba en la sala de clase. El deseo de llorar se exterioriza, se apega a una prueba corporal que es solo el resultado de la dinámica interna (ansiedad generada por el contacto con sus compañeros), y pierde, así, su sentido psicológico. Al igual que en la pubertad, sus cuerpos transformados son para los adolescentes una externalidad de la que deben apropiarse gradualmente, del mismo modo, su propia psique es aprehendida por Lucas desde el exterior, como una abstracción enigmática que despierta en él poca curiosidad. Pero entonces, este sufrimiento tan obvio desde el punto de vista del terapeuta, que impone una drástica desinversión del mundo interno, ¿qué forma toma para el paciente?

En lucha contra el aburrimiento

Sin embargo, en los comentarios de Lucas aparece una sensación que imprime cierto alivio a la descripción, por lo demás uniforme y fija, de su estado: el aburrimiento. La razón del aburrimiento se escuchó por primera vez en relativa oposición a la hospitalización. Lucas explica que él "[se] aburre menos" cuando se va a su casa con permiso y puede ver a sus amigos. Rápidamente, la posibilidad de escapar del aburrimiento aparece como un tema central para el adolescente, y el "estoy aburrido" suena como un "estoy mal". A través del aburrimiento que Lucas siente y describe, algo de su sufrimiento psíquico, en sus aspectos tanto cuantitativos como cualitativos, se torna accesible.

Abordado más detenidamente a lo largo de las entrevistas, el tema del aburrimiento contribuye en gran medida al despliegue de la relación paciente-terapeuta. Es como un puente entre dos mundos: permite que el primero se sienta reconocido (y quizás reconocerse), y abre al segundo una ventana a una realidad psíquica que de otro modo estaría aislada. Al pedirle a Lucas que defina qué es "aburrimiento" para él, se desarrolla un lenguaje común y puede comenzar un diálogo.

De hecho, aburrirse reviste un significado específico para Lucas. Así, designa momentos en los que no piensa ni siente nada, en los cuales no es impulsado por ningún ímpetu o deseo. Se queda, entonces, acostado en la cama durante horas "esperando la noche". El joven cuenta que antes de ser hospitalizado, el aburrimiento era tan invasivo, tan insoportable, que se las arregló para hacer "tonterías", es decir, golpear con los puños y con la cabeza las paredes de su habitación. Tuvo pensamientos suicidas, apuntalados por la idea de que si moría, finalmente dejaría de aburrirse.

Para no aburrirse, Lucas juega videojuegos, pero su juego es estereotipado y no parece ser el soporte de una actividad de fantasía. También escucha mucha música, que almacena en su reproductor de mp3 ("más de 90 horas", precisa él). Ataques del cuerpo, videojuegos, música: la lucha contra el aburrimiento que lleva el adolescente pasa por una búsqueda de sensaciones. Da testimonio de la necesidad de que Lucas apoye los elementos perceptivos sobre los objetos tangibles, para paliar la falta de estructuración de su mundo interno.

Las hojas en blanco

En sesión, el recorrido escolar de Lucas es parte de este apoyo, proporcionándole material para un discurso que es ciertamente fáctico, pero en torno al cual se puede establecer un intercambio. Aunque ella lo confronta con sus debilidades, la escolarización es una de las pocas áreas que parece tener cierta importancia para Lucas. También es un área fuertemente relevante para sus padres, en especial por su madre, que se atiene a la premisa de precocidad intelectual para explicar los problemas de su hijo. Esta hipótesis se remonta a su ingreso a la escuela primaria, donde se le realizó una prueba de coeficiencia intelectual para evaluar la relevancia de un salto de grado. Los resultados mostraron un perfil heterogéneo, pero incluyeron algunos puntajes altos que continuaron alimentando la hipótesis de una precocidad. Por su parte, Lucas señala que durante mucho tiempo ha tenido buenos

resultados sin trabajar y da la impresión de obtener algún beneficio narcisista de esta idea. Además, es como un alumno que logra, aunque sea de manera rudimentaria, definirse a sí mismo, expresar algo de sí mismo: dice amar las matemáticas, la historia y la física. Si bien le es imposible imaginarse haciendo un trabajo en particular, está decidido a integrar un campo científico el próximo año y, de este modo, proyectarse a sí mismo en un futuro cercano. De esta manera, la escolarización complementa los fundamentos narcisistas muy precarios y hace posible una apariencia de subjetivación. Su recorrido escolar le da a Lucas un pasado, un presente y un futuro. Más allá de lo que aprende, la escuela le permite permanecer en el mundo real y en el tiempo. En retrospectiva, explica que su regreso a la escuela secundaria con un cronograma, dos meses después de ingresar al servicio, le permitió aburrirse menos y, por lo tanto, tolerar mejor la hospitalización.

Las materias científicas están relativamente preservadas e incluso muestra facilidad en matemáticas. El carácter altamente estructurado, no ambiguo de esta disciplina, parece favorecer la implementación de sus capacidades cognitivas. Sus dificultades aumentan en francés, donde entrega siempre hojas en blanco. Y en clase se aburre y lucha por seguir las palabras del profesor, como si la literatura no le proporcionara suficiente apoyo, no pudiera anclarlo en la realidad. Si bien se esfuerza por leer los libros que se le dan para leer, no puede resumirlos: solo recuerda fragmentos del relato y los retranscribe en desorden. La falta de consistencia de su mundo interno es particularmente obvia cuando tiene que producir un texto – redacción, disertación o una respuesta argumentada a una pregunta del curso. Primero se ve incapaz de movilizar sus conocimientos y luego de estructurarlos. La creatividad, tan típica de la adolescencia, está completamente ausente en Lucas. Los objetos internos parecen demasiado inestables, la dinámica psíquica es demasiado abrasiva para alimentar y apoyar una narrativa. En otras palabras, la desinvestidura radical de la realidad subjetiva no puede compensarse en este contexto con un recurso a lo fáctico, por un apego a la realidad perceptual.

Así, en las pruebas de francés, Lucas no puede escribir una sola palabra. Él espera pasivamente que pase el tiempo de presencia obligatoria, deja su hoja en blanco y abandona el aula. Durante la prueba no siente angustia ni desaliento, solo aburrimiento. En este sentido, la hoja en blanco puede ser concebida como una materialización de lo que él llama aburrimiento. El aburrimiento es aquí una falta de palabras, se inscribe en el lado de lo que falta, de lo ausente.

Enlaces difíciles de establecer

Fue en la escuela donde Lucas conoció a sus pocos amigos. Él dice que los ve regularmente, en la escuela secundaria o en la casa de uno de ellos. Juntos, explica, juegan videojuegos y “hablan”, en su mayoría, de videojuegos. El adolescente se esfuerza por describir a sus amigos y por explicar lo que le gusta de ellos. Él no representa un funcionamiento psíquico más que el suyo, no logra comprender la base de sus identidades particulares. Su discurso solo sugiere siluetas borrosas e indiferenciadas.

Sin embargo, estas amistades son casi vitales para él: son su mejor defensa contra el aburrimiento. Cuando está con sus amigos, Lucas no está aburrido, se siente vivo, presente en el mundo. El vínculo con otros, aunque sea tenue, parece desempeñar el papel de un amarre que evita que se desvíe fuera del tiempo y del espacio. Pero este amarre es frágil y cede fácilmente bajo la presión del aburrimiento. De este modo, antes de ser hospitalizado, Lucas dejó de ir a clase y rompió todo contacto con sus amigos. Ingresado en el hospital, estaba muy aislado y pasaba la mayor parte del día en la cama, hasta que le permitieron estar fuera de la habitación.

Estas modalidades relacionales particulares se observan también en el espacio psicoterapéutico. A su manera, Lucas parece investirlo: nunca falta a una cita con su psicólogo, siempre es puntual y deja el consultorio solo cuando se lo invita explícitamente a hacerlo. Aun cuando está físicamente presente en toda la entrevista, a nivel psíquico, da la impresión de estar siempre a punto de desaparecer. Su uso espontáneo de la palabra es raro, sus respuestas son largas (cuando no olvida por completo la pregunta), su mirada se pierde sin que pueda indicar dónde. Es preciso pedirle constantemente que mire al terapeuta para mantener un vínculo tenue con él.

A veces, sin embargo, el adolescente logra captar una palabra o asociación propuesta por el terapeuta. El enlace se vuelve más tangible, tomando forma en una realidad compartida. Se agrega una malla al tejido psicoterapéutico. No obstante, debemos esforzarnos por continuar esta obra en la próxima sesión y no rendirnos a la mortificante repetición de un mismo contenido. Además, este vínculo tejido laboriosamente entre Lucas y su psicólogo se ve socavado por el espaciamiento de las sesiones. La continuidad, y el dispositivo, y la investidura de Lucas como objeto de atención del psicólogo, parecen esenciales para superar la discontinuidad que caracteriza el funcionamiento psíquico de Lucas y pesa sobre el proceso terapéutico.

En busca de una historia

Lucas tiene pocos recuerdos. De su infancia solo conserva algunas imágenes, a veces extrañas; recuerda, por ejemplo, que a menudo asomaba la cabeza en el espacio que había entre la carpeta y el asiento del banco de su jardín de infantes. Solo unos pocos eventos permanecen en su memoria y lo anclan de manera imperfecta a un pasado impreciso y volátil. La historia de su vida, muy básica, comienza con el divorcio de sus padres, cuando tenía 2 años. Luego, el salto de grado al comienzo de la escuela primaria, la repetición de segundo año, y finalmente la muerte de su abuela materna, unos días antes de su hospitalización. A primera vista, muestra poca curiosidad por su pasado y ningún beneficio de sus padres. No puede decir con certeza en qué región crecieron sus padres, qué estudiaron, cómo se conocieron o por qué se separaron. Él no sabe, se olvidó. Y luego, si le hubiera interesado, habría hecho preguntas, razona él.

Algunas preguntas, si Lucas las hiciera, quedarían, no obstante, sin respuesta. De hecho, la historia de su madre y la de su padre aparecen intercaladas con signos de interrogación. Ambos crecieron sin conocer a sus padres. La madre de Lucas, criada en parte por su abuela, no conoció al suyo (al que ella llama "señor X") hasta que lo vio una sola vez ya adulta. Para eso ella tuvo que ir a la Reunión, adonde el padre se había ido a vivir, acompañada por Lucas, su cónyuge (el padrastro de Lucas) y la hija de ambos (7 años más joven que él). Este viaje tampoco dejó muchas huellas en la mente de Lucas. Recuerda el marcado contraste entre las vallas publicitarias muy modernas y los barrios marginales frente a las cuales fueron colocadas. Esta imagen, sin ningún grosor subjetivo real, hace de pantalla para su primer y único encuentro con su abuelo materno, cuyo impacto emocional no puede retranscribirse en él ni en su madre.

Sin embargo, poco a poco, el adolescente toma conocimiento y restaura en sesión nuevos elementos que llenan algunos vacíos de su historia y de sus antepasados. Él está feliz de tomar algunos datos biográficos que su madre brinda durante las entrevistas familiares con el médico. También informa hechos descubiertos al leer documentos "por casualidad" relacionados con el divorcio de sus padres; sin poder decir cómo tuvo acceso a estos documentos o el efecto producido en él por la lectura de estos. En otra ocasión, al evocar la muerte de su abuela, se esfuerza por dar la fecha exacta, el día de la semana cercano ("un lunes... o un martes..."). Incapaz de hacerlo, interroga a su madre y aporta los detalles necesarios la semana siguiente. El esfuerzo de precisión proporcionado por Lucas parece cubrir, junto con una

distancia de la carga emocional del evento en beneficio de los hechos fácticos, una búsqueda difícil de puntos de referencia. Todos estos elementos con los que se familiariza son piedras pequeñas dejadas por otros, que sigue casi a pesar suyo, pero que, quizás, al indicarle el camino del pasado, le permiten sentir que él existe en el presente.

A medida que la psicoterapia progresa, Lucas logra compartir elementos más subjetivos. Se abre particularmente a la intensidad del conflicto que opone a sus padres. Lucas dice que en los años posteriores a su divorcio, su padre explotaba frente a él en violentos ataques de ira, durante los cuales amenazaba con matar a su madre y a la nueva pareja de ella. Lucas admite que en ese momento la amenaza parecía real y lo asustaba, pero inmediatamente se recupera y dice que ahora sabe que no era nada. También informa que su madre había presentado una demanda contra su padre (por hechos que continúan siendo vagos), después de lo cual vio a su padre solo esporádicamente. La comunicación entre los padres de Lucas se rompió por completo, dejándolo en un papel de tercero que él lleva a cabo con aplicación. El adolescente se niega a tomar una posición a favor de uno u otro de sus padres y se esfuerza por mostrar el mismo apego para con ambos padres.

Esta reconstrucción gradual del pasado de Lucas juega un papel importante en su psicoterapia. Entre investigación y recuerdo, inyecta una dimensión de novedad, dinámica, en las entrevistas congeladas, de otro modo, en la atemporalidad. Algo parece cobrar vida y tomar forma con más precisión en el aburrimiento nebuloso que cubre el mundo de Lucas. Silencio, hoja en blanco, aislamiento, brecha de memoria: el aburrimiento tiene que ver con lo que falta. En contraste, "escribir" la historia de Lucas implica recrear fragmentos del pasado, de conservarlos y establecer conexiones entre ellos. El antagonismo que parece existir entre historia y aburrimiento sugiere que examinar los riesgos del trabajo de la memoria y de puesta en historia podría informarnos sobre el origen y la función del aburrimiento en Lucas.

Las insuficiencias del trabajo de memoria

Recuerdo, alucinación o enojo

En su artículo "Un juego en la memoria", René Roussillon (2016) retoma las concepciones freudianas que permiten elaborar una teoría psicoanalítica de la memoria que, en un segundo momento, confronta los modelos propuestos por las

neurociencias cognitivas. Esta teoría de la memoria define las formas de inscripción, de preservación y de recuerdo de su historia por parte del sujeto, en el sentido de lo que realmente sucedió.

Freud, escribe René Roussillon, ha distinguido tres modalidades de inscripción psíquica, o huellas mnémicas, de la experiencia subjetiva. El primer rastro dejado por un evento se llama "perceptivo". Se trata de un registro directo de lo que afectó al sujeto desde el exterior (percepciones), cómo reaccionó primitivamente (sensaciones) y cómo lo invirtió (pulsiones). Este primer rastro, inconsciente, puede ser retomado y transformado por el aparato psíquico en una huella mnémica "conceptual", que simboliza el evento con la ayuda de representaciones de cosas. Este segundo rastro, también inconsciente, puede ser el objeto de un nuevo trabajo de transformación, lo que resulta en la reinscripción del evento con la ayuda de representaciones de palabras en el sistema preconscious. Solo esta huella mnémica "narrativa" puede volverse consciente. En otras palabras, recordar un evento pasado presupone que un trabajo de elaboración psíquica, de significación, se ha llevado a cabo desde su huella perceptiva original.

En función del grado de estructuración del aparato psíquico, los diferentes modos de inscripción de la experiencia operan sincrónicamente o se suceden en el tiempo. Las experiencias tempranas (que ocurren antes del acceso al lenguaje), por ejemplo, no pueden ser simbolizadas más que después del hecho, es decir, después de la maduración psíquica. Serán los primeros en la forma de representaciones de palabras siguiendo una lógica infantil primaria, y luego en forma de lenguaje siguiendo una lógica secundaria. René Roussillon describe, así, las "cadenas de memoria", constituidas por los registros sucesivos del mismo tipo de experiencia, en diferentes formas según la edad del sujeto. Cada experiencia nueva se relaciona con experiencias similares que la precedieron, y que luego se reinterpretan a la luz de la mayor madurez pulsional y afectiva del sujeto. Como corolario, "es a partir de la experiencia pasada y el sentido que ha tomado en la psique que la experiencia actual es aprehendida; es a partir de esta historia que está significada". La forma primitiva de la huella mnémica es, al mismo tiempo, reprimida, "olvidada" en favor de una forma más simbolizada y, al mismo tiempo, "conservada", manteniendo viva en el corazón esta nueva huella para la cual, la forma primitiva, sirve como "matriz para la puesta en sentido".

La escasez de recuerdos de la infancia en Lucas muestra que, aunque los acontecimientos de su historia temprana e infantil han dejado su huella perceptiva, no se han retomado ni transformado más adelante para permitir su recuerdo consciente y reflexivo. Es difícil establecer si este "defecto de traducción" concierne

a la etapa de simbolización primaria o secundaria de la huella mnémica. En cualquier caso, la experiencia vivida no ha sido reinscrita por el lenguaje, no ha sido revinculada a representaciones de palabras. Lucas, literalmente, no tiene palabras para evocar el pasado. Cuando se le hacen preguntas sobre su pasado, solo puede responder: "No sé". "Olvidé".

De hecho, el adolescente tiene todo, o casi todo, olvidado. La represión de la primera experiencia parece operativa: no es recordada ni tampoco alucinada. Uno podría temer que ciertos elementos de su historia, si no se representan psíquicamente, regresen por medio de una reactualización de su rastro primario no transformado; en otras palabras, se reviven con una identidad de percepción en lugar de ser evocados por el pensamiento. Pero Lucas no muestra signos de actividad delirante. Su historial psicológico indica que, a costa de la represión de sus movimientos internos y la desinvestidura de los estímulos externos cargados emocional o fantasmáticamente, se las arregla más o menos para permanecer anclado en el mundo exterior. Las huellas de la memoria perceptiva, testimonio muy directo de un pasado que es en parte traumático, están profundamente enterradas sin ser reemplazadas (ni renombradas) por formaciones psíquicas más sofisticadas. El pasado está como perdido.

El aburrimiento parece surgir del espacio dejado vacante donde ese pasado debe ser representado. En este sentido, podría concebirse como el negativo de la huella mnémica. Surgiría en lugar de memoria, pero también de delirio. Sin embargo, no se trata de convertirlo en un síntoma negativo. De hecho, el aburrimiento tiene una textura, se siente. Viene a señalar un vacío, una falta de representación, erigiéndose como el último bastión de la desorganización y el empobrecimiento del pensamiento.

La importancia del trabajo de memoria en la adolescencia

El sentimiento de identidad es puesto fuertemente a prueba en la adolescencia. Las transformaciones corporales puberales, que preparan el acceso a la sexualidad genital, pueden dar lugar a una experiencia de asalto debido a su radical novedad. El joven adolescente ya no reconoce su cuerpo. Debe realizar un importante trabajo psíquico para integrar estos cambios y apropiarse de su cuerpo adulto en formación. Como corolario, las relaciones que tiene con su familia, especialmente con sus padres, cambian su tono y requieren estar ordenadas para mantenerse. ¿Qué

relación puede encontrar aún entre el niño que era y el adolescente en el que se ha convertido?

La reinscripción o reinterpretación de una experiencia en el después del hecho, la articulación de nuevas experiencias con experiencias previas del mismo tipo, todo este conjunto de huellas que Roussillon describe garantiza precisamente un vínculo, una apariencia de continuidad entre las diferentes fases de la historia de un sujeto. Si el aburrimiento que impregna a Lucas muestra defectos en este trabajo de la memoria, podemos proponer la hipótesis de que la discontinuidad asociada con la aparición de la pubertad no pudo ser superada y se tomó como una interrupción el curso de su existencia.

Para Piera Aulagnier (2015), es en un trabajo de puesta en historia donde descansa el mantenimiento en la adolescencia de un vínculo entre el presente y el pasado. La palabra historia no tiene en esta autora el mismo significado que para Roussillon. No se refiere a la secuencia de eventos que conforman la vida de un individuo sino a la narración que esta narración transmite, que implica un mayor grado de subjetividad y, por lo tanto, de variabilidad. Al desarrollar su propia autobiografía, al contar la historia de su infancia, es decir, de una época pasada, el adolescente conserva la huella y le permite "seguir existiendo psíquicamente". Desde este punto de vista, el trabajo de poner en historia participa en el trabajo de la memoria tal como lo define Roussillon.

Pero el proceso de historización también procede de una reescritura de la experiencia pasada, que el sujeto trata de hacer compatible con su actualidad. El adolescente-historiador se esfuerza por encontrar en su pasado "una potencialidad que el presente logre o al menos una causalidad que haga que la prueba que se impone tenga sentido". En lugar de dar una explicación fiel de lo que ha sido, se trata de encontrar el hilo conductor de la historia subjetiva y de replantear las diferentes partes de esta para que pueda articularse entre sí. La adición de un nuevo capítulo requiere cada vez que vuelva a trabajar el todo porque está escrito con un tono, un ritmo, un contenido tan originales, tan distintos del resto, que parecen de otro autor.

Para poder participar en este juego de construcción-reconstrucción del pasado, el sujeto debe tener en su memoria un cierto número de elementos estables, preservados del olvido y de las transformaciones, y que garanticen que "lo mismo persiste en este Yo condenado al movimiento y por lo tanto a su automodificación permanente". Este "fondo de memoria", como lo llama Piera Aulagnier, asegurando la permanencia identificatoria, deja al sujeto libre para reinventar su historia sin arriesgarse a perder su trama. Él encontrará a través de sus propias metamorfosis y en sus diversas elecciones de objeto, ese algo que funda su singularidad.

En Lucas, el fondo de la memoria es muy insuficiente y puede dar lugar a una historia pobre, insuficiente e invariable. El material básico (memorias) es demasiado escaso para prestarse a cualquier transformación. El joven parece tener que aferrarse firmemente a las raras huellas de su pasado, demasiado raras para alimentar una narrativa fluida y viva, so pena de ver disolverse aquello que le ofrece una base embrionaria de identidad. Cuando llega la adolescencia, no puede dar sentido a los cambios que ocurren sin su conocimiento, integrarlos en su historia. Él los ve como una ruptura irremediable que lo expulsa fuera del tiempo.

El trabajo de la memoria, como sostienen René Roussillon y Piera Aulagnier, reviste una importancia particular en la adolescencia. Si no se puede completar, el adolescente se ve privado de historia, es decir, la posibilidad de decir "yo". Esta vacilación de la sensación de existir es particularmente evidente cuando Lucas intenta superar su aburrimiento a través de una búsqueda de sensaciones.

Recordar el pasado para encontrar significado en el presente

Además, el fracaso del trabajo de elaboración psíquica de experiencias previas priva al sujeto de estas "matrices para la puesta de sentido" de las cuales habla Roussillon. Si el pasado ha permanecido impensado, impensable, el presente será igualmente esquivo. Lucas se aburre porque no puede quedarse atascado en una realidad cuyo significado, o más bien niveles diferentes de significado, se le escapan. Él está reducido a aferrarse a los aspectos más concretos de esta realidad. Al no haber podido apropiarse subjetivamente de su historia temprana e infantil, el adolescente ya no puede investir el tiempo presente. Lo que vive no puede ser reconectado, iluminado por lo que ha vivido y, por lo tanto, no puede inscribirse. Esto explica su dificultad para recordar los eventos más recientes: su rastro se borra rápidamente, no puede ser el objeto de un trabajo de simbolización.

En un *impasse* libidinal

Suspensión de las investiduras

El campo relacional también hace de objeto renovación en la adolescencia. El impulso libidinal relacionado con la pubertad provoca un resurgimiento de la

problemática edípica. Esta es tanto más intensa ya que los deseos incestuosos y mortíferos pueden realizarse ahora, lo que obliga al adolescente a cambiar la relación que tiene con sus padres. En otras palabras, uno de los desafíos en la adolescencia consiste en desinvertir objetos de amor infantiles -las imagos parentales- a favor de objetos nuevos. Este movimiento libidinal socava el sentido de identidad, en la medida en que las imagos parentales constituyen las bases identificatorias de la infancia. Cuando todo va bien, las nuevas relaciones establecidas por el adolescente son el apoyo de identificaciones que compensan esta pérdida y estabilizan la imagen de sí mismo.

La búsqueda de nuevos objetos de investidura en la adolescencia obedece tanto a exigencias económicas (despertar pulsional) como a los dinámicos (conflicto edípico). Sin embargo, cuando el sentido de identidad es demasiado precario, la necesidad objetal se experimenta como una amenaza potencial a la integridad narcisista "que obliga al adolescente a una actitud de oposición, rechazo o negativismo" (Braconnier, A. & Marcelli, D., 2013). Este marcado antagonismo entre investidura del otro y la investidura de uno mismo puede estar relacionado con fallas en las relaciones objetales tempranas -fracasos que no permitieron la constitución de bases narcisistas sólidas-.

La tendencia de Lucas a retirarse, su incapacidad para interactuar con sus pares que no sea en un modo operatorio, dan testimonio de la dificultad y el peligro que supone para él la investidura de nuevos objetos. Sin embargo, si el movimiento de la desinvestidura objetal en el que él está tomado, tiene como objetivo preservar su integridad narcisista, este objetivo no parece lograrse. De hecho, los momentos en que se aísla por completo coinciden con un aumento de la sensación de aburrimiento, lo que indica una pérdida de la sensación de existir. Por el contrario, los momentos en los que interactúa son aquellos en los que escapa a este intolerable aburrimiento y vuelve a la vida.

El aburrimiento ocurre, entonces, cuando Lucas desinvieste a otros sin poder salvar su yo. Como resultado, se puede argumentar que el aburrimiento corresponde a una parte de la libido en suspenso, que no se adhiere ni al objeto ni a uno mismo. Entonces surge la pregunta de si el establecimiento de las relaciones objetales sigue siendo posible para Lucas y en qué condiciones.

La espera imposible

Cuando se discute el tema del aburrimiento en la adolescencia, Daniel Marcelli (1990) enfatiza la noción de espera. Según él, un adolescente que se aburre está "en

un estado de desinvertidura, pero al mismo tiempo listo para invertir algo en un estado de espera". Este estado de espera, sin embargo, no es evidente. Piera Aulagnier (2015) subraya, así, que "para invertir la espera de un nuevo encuentro, debe quedar investido el recuerdo de algo ya vivido que fue parte de un posible realizado en nuestro pasado". En otras palabras, la búsqueda de un nuevo objeto de amor en la adolescencia está precedida por la existencia y el recuerdo de "momentos relacionales, fuente de un placer que, a lo largo de la vida, proyectará su sombra bajo la forma de una promesa que justifique y ame la búsqueda de placer, se ofrezca como objeto de deseo". La puesta en memoria y en historia de estas experiencias relacionales satisfactorias solo puede lograrse si son reconocidas como tales e investidas, a la vez, por el niño y el padre.

Los pocos recuerdos que Lucas tiene de su pasado relacional se relacionan con el conflicto entre sus padres y la violencia de su padre hacia su madre. Él no ha conservado la huella de episodios de juego, de compartir ni de complicidad con sus padres. Entonces Lucas no puede invertir la espera de un reencuentro. Él se sitúa por debajo del estado de espera, prisionero de un aburrimiento sin fin, con, en última instancia, el riesgo de un empobrecimiento libidinal y una salida definitiva de la realidad compartida.

El interés de la psicoterapia por Lucas radica en la posibilidad de que esta ofrece un reencuentro no amenazante, tanto sustanciado como circunscrito por el marco terapéutico. La regularidad de las entrevistas, en particular, determina una alternancia presencia-ausencia no arbitraria y predecible, que refuerza la confianza en el objeto mientras favorece la diferenciación.

Apertura transicional del campo de posibles relacionales

La hipótesis según la cual el surgimiento del aburrimiento proviene de una suspensión tanto de las investiduras objetivas como narcisistas se refuerza durante la psicoterapia, cuando Lucas se hace amigo de dos pacientes de la unidad. Desde entonces, él dice que se aburre menos en el hospital y se muestra más animado en la entrevista. Pero luego, bastante abruptamente, esta tendencia se invierte. Lucas se repliega sobre sí mismo, pasando la mayor parte del tiempo solo en su habitación con auriculares en sus oídos. El aburrimiento es cada vez menos tolerable, hasta el punto de que consideran una salida en contra del consejo médico. Si admite aburrirse más en su habitación que en las áreas comunes, en contacto con otros pacientes, no

puede encontrar en sí mismo un deseo suficiente para levantarse de la cama y cruzar el umbral de la puerta.

Sin embargo, se las arregla para establecer la conexión entre su creciente aislamiento dentro de la unidad y la partida de aquellos pacientes con los que se llevaba bien. Uno puede imaginar que esta partida le repite las separaciones de su pasado y le devuelve la desconfianza hacia el objeto. Pero el hecho de que Lucas asumió el riesgo de apegarse a nuevas personas aparece como un primer paso hacia la salida de esta situación de *impasse* libidinal.

Una relación en el tiempo perturbado

Conciencia de tiempo y sentimiento de la vida

La montaña mágica, de Thomas Mann (1926), cuenta la historia de un joven al final de su adolescencia, Hans Castorp, que visita a su primo en un sanatorio suizo, se instala allí y adopta el estilo de vida reglado de los residentes. A través de las impresiones y los pensamientos del héroe, el narrador se esfuerza a lo largo de la novela para captar la "experiencia del tiempo". A través de esto, lo llevan a preguntarse sobre la sensación de aburrimiento.

En la novela, el aburrimiento es concebido como un debilitamiento de la conciencia del tiempo debido a una cotidianeidad demasiado monótona. Esta afirmación puede ser sorprendente en la medida en que la idea común es que cuando uno se aburre, el flujo de tiempo parece disminuir, haciéndose sentir más. A esto el narrador responde:

"El vacío y la monotonía, sin duda, a veces alargan el momento o la hora y los hacen aburridos, pero acortan y aceleran, casi aniquilando, las grandes y mayores cantidades de tiempo. Por el contrario, un contenido rico e interesante es probablemente capaz de acortar una hora, o incluso un día, pero, contado en grande, mantiene a lo largo del tiempo la amplitud, el peso y la solidez, por lo que los años ricos en eventos pasan mucho más lentamente que esos años pobres, vacíos y livianos que el viento arrastra y vuela" (146).

La monotonía que estamos tratando aquí es una reminiscencia de la compulsión a la repetición descrita por Freud (1920), que también se juega en los años pasados.

La prevalencia del aburrimiento en Lucas está claramente asociada con la inestabilidad de los hitos temporales y una experiencia de repetición que anula la escansión del tiempo. También es interesante observar que Lucas no dice encontrar largo el tiempo en sus momentos de aburrimiento.

Por otro lado, Thomas Mann insiste en la existencia de una fuerte relación entre la conciencia del tiempo y el sentimiento de la vida: "la conciencia de la duración [...] está en sí misma tan estrechamente relacionada y vinculada al sentimiento de vida que una no puede debilitarse sin que el otro padezca y decaiga a su vez". En esta perspectiva, el aburrimiento pone en juego, además de la percepción del tiempo que pasa, el sentimiento de existir. Esta hipótesis explica el carácter habitual del aburrimiento en la adolescencia. Por un lado, como hemos visto, el inicio de la pubertad socava el sentido de identidad; por otro lado, impone un trabajo de memoria sin el cual el adolescente corre el riesgo de perder el hilo de su propia historia, garante de su inscripción en el tiempo. El aburrimiento sería, entonces, una de las manifestaciones del difícil trabajo psíquico en progreso durante la adolescencia.

Sin embargo, es importante distinguir entre el aburrimiento del desarrollo psíquico y sus inevitables escollos, del aburrimiento insoportable e invasivo del que sufre Lucas. En el segundo caso, el "sentimiento de vida" se ve afectado, lo que sugiere en el joven profundas fallas narcisistas. Por lo tanto, el "me aburro", tan común en la adolescencia, puede cubrir diferentes realidades psicológicas. Cada vez, debemos examinar el alcance, la intensidad y la naturaleza de la angustia asociada a este, porque, como en lo que respecta a Lucas, esta queja puede ser el único modo en que el adolescente pueda informar su aflicción.

"El beneficio del cambio y del episodio"

Lucas se limita precisamente a este vacío y la monotonía contra la cual el narrador de *La montaña mágica* nos advierte. Sus días se suceden en uniformidad perfecta, puntuados solamente por actividades raras y repetitivas. El joven dice que no le gustan los cambios e incluso que parece temerlos. Salir de la repetición, como hemos visto, lo expondría al riesgo de perder lo que le da una apariencia de identidad. Pero la repetición en la que se encierra para proteger a su ser frágil, al mismo tiempo, le impide sentirse vivo y en movimiento.

En relación a esto Thomas Mann escribe:

“Insertar cambios de hábitos o nuevos hábitos es la única forma en que podemos mantenernos con vida, refrescar nuestra percepción del tiempo, rejuvenecer, fortalecer, ralentizar nuestra experiencia del tiempo, y lo mismo una renovación de nuestro sentimiento de vida en general” (pp. 146-147).

El desafío es, entonces, para Lucas, reintroducir el movimiento en él y en torno a él sin presionar demasiado su rígida construcción defensiva. Es promoviendo cambios moderados y progresivos, respetando su necesidad existencial de permanencia, que podemos esperar que se permita adoptar nuevos hábitos e invertir nuevos objetos.

Conclusión

El aburrimiento en la adolescencia es polimorfo y multidimensional. Solo puede ser aprehendido examinando en profundidad las situaciones individuales y variando el punto de vista. Lo hemos considerado aquí desde una perspectiva del trabajo de memoria, de la relación con el otro y de la relación con el tiempo. Cada vez, apareció como resultado de la imposibilidad de llevar a cabo una transformación necesaria – transformación de la huella mnémica en recuerdo, transformación de la historia subjetiva, transformación de las relaciones de objeto, transformación de rutinas.

En lo que respecta a Lucas, el aburrimiento puede ser calificado como existencial. Señala su dificultad para percibirse como un ser vivo y singular, inscripto en una realidad compartida. La psicoterapia de inspiración analítica parece particularmente indicada para él. Permite, en efecto, proponer y promover las representaciones que le faltan, establecer continuidad relacional y restablecer una división del tiempo.

Sobre todo, se trata de permitir que Lucas *se sitúe en la espera*. El sentimiento de aburrimiento solo debe alarmarse cuando no se asocia más con el adolescente a la espera -más o menos dolorosa- de algo y, en especial, de alguien. El peligro es entonces pasar del estado de suspensión que caracteriza al aburrimiento adolescente a una interrupción más duradera de los procesos psíquicos de cambio. La espera es ciertamente aburrida, pero conlleva una esperanza y atestigua una investidura sostenida del futuro, del yo y de sus potencialidades.

Resumen

En este artículo, los autores intentan establecer si la sensación de aburrimiento en la adolescencia constituye una entidad homogénea o si se presenta en varias formas cuyo significado y destino difieren. Se expondrá el caso de un joven de 15 años, hospitalizado en un servicio de psiquiatría, que presenta una sensación de aburrimiento constante. A partir de los resultados de su evaluación psicológica y las observaciones clínicas de su psicoterapeuta, los autores elaboran tres hipótesis sobre el aburrimiento del que se sufre el adolescente. La primera considera que el aburrimiento es el negativo de una huella mnémica; la segunda que el aburrimiento corresponde a una parte de la libido suspendida, y la tercera que el mismo revela un debilitamiento de la conciencia tiempo. Concluyen que el aburrimiento en la adolescencia varía entre dos formas: una forma trófica que abarca de manera transitoria y defensiva una suspensión psíquica del proceso de cambio et/o una forma deletérea que implica una interrupción más durable e inquietante de estos procesos de cambio.

Palabras claves

Aburrimiento, adolescencia, temporalidad, huella mnémica, trabajo de lo negativo, proceso de cambio

Reflections on the feeling of boredom characteristic of adolescents

Summary

The authors of this article seek to establish whether the feeling of boredom typical of adolescents is a phenomenon that should be understood as an entity of homogeneous characteristics, or as classically multifaceted, i.e. situations where both significance and enlargement must differ. They examine the case of a fifteen years old boy, hospitalized in a psychiatric unit, who is experiencing a particularly significant feeling of boredom. Considering the results of the psychological evaluation this adolescent has been through and the clinical data from his psychotherapy, the authors present three hypotheses concerning the kind of boredom that he complains about: First they suggest that this feeling is the negative of the mnemonic trace, second they propose that it corresponds to a suspended libido, and finally that it is related to a fading awareness of time. In conclusion, the authors state that the feeling of boredom during adolescence varies between two different forms: Either a defensive, but transitory suspension of the mental processes of change – the trophic type of boredom, or a more lasting and concerning interruption of these processes – a type of boredom with possible harmful consequences.

Keywords

Boredom, Adolescence, Temporality, Mnemonic trace, Work of the negative, Processes of change.

Un exemple particulier du sentiment d'ennui a l'adolescence

Résumé

Dans cet article, les auteurs cherchent à établir si le sentiment d'ennui à l'adolescence constitue une entité homogène ou s'il se décline en plusieurs formes dont le sens et le devenir diffèrent. Elles s'intéressent au cas d'un jeune homme de 15 ans, hospitalisé dans un service de psychiatrie de l'adolescent, chez qui le sentiment d'ennui est particulièrement prégnant. A partir des résultats de son bilan psychologique et des données cliniques issues de sa psychothérapie, les auteurs élaborent trois hypothèses sur l'ennui dont se plaint l'adolescent. Elles considèrent, d'une part, que cet ennui est le négatif de la trace mnésique, d'autre part, qu'il correspond à une part de libido en suspens, et enfin, qu'il relève d'un affaiblissement de la conscience du temps. Elles en concluent que l'ennui à l'adolescence varie entre deux formes. Il peut recouvrir aussi bien une suspension transitoire et défensive des processus psychiques de changements - forme trophique de l'ennui - qu'une interruption plus durable et préoccupante de ces processus - forme délétère de l'ennui.

Mots clés

Ennui, adolescence, temporalité, trace mnésique, travail du négatif, processus de changement.

Bibliografía

- Aulagnier, P. (2015). Se construire un passé. *Adolescence*, 33(4), 713-740.
- De Luca, M. (2018). L'ennui comme disposition adolescente aux frontières. *Cliniques*, 15 (1), 65-80.
- Freud, S. (1920). *Au-delà du principe de plaisir*. (J. Laplanche, Trans.). Paris: Petite Bibliothèque Payot.
- Mann, T., (1926). *La montagne magique*. (M. Betz, Trans.). Paris: Arthème Fayard. (Original work published 1924).
- Marcelli, D., & Braconnier, A. (2013). *Adolescence et psychopathologie* (8th ed.). Issy-les-Moulineaux: Elsevier Masson.
- Roussillon, R. (2016). Du jeu dans la mémoire. *Revue française de psychanalyse*, 80, 335-359.